South American Publishing

SAP Land and Architecture. 2025; 4:219
doi: 10.56294/la2025219

ORIGINAL

Calles y Muros: La Forma Urbana y el Miedo a Transitar en Bogotá

Streets and Walls: Urban Form and the Fear of Walking in Bogotá

Michelle Y. Castro Quevedo[1]

[1]Bogotá, Colombia.

Cite as
Castro Quevedo MY. Streets and Walls: Urban Form and the Fear of Walking in Bogotá. SAP Land and Architecture. 2025; 4:219. https://doi.org/10.56294/la2025219

Publication History
Submitted: 26-09-2024
Revised: 20-01-2025
Accepted: 03-09-2025
Published: 04-09-2025

Corresponding Author
Michelle Y. Castro Quevedo

ABSTRACT

The article analyzes how urban morphology influences theft from persons in Bogotá, highlighting the relationship between physical space, citizen perception, and the phenomenon of fear of moving through the city. The study is based on the master's thesis "Contagiando el miedo: Inseguridad urbana como patología producida en la ciudad de Bogotá" (2021) and continues through a documentary review of academic, institutional, and press sources. The results showed that theft is concentrated in persistent hot spots, where low visibility, fragmented pedestrian continuity, and the presence of floating populations facilitate criminal opportunities. It is also evidenced that theft is not exclusively the result of socioeconomic need but, in many cases, a professionalized activity based on rational choice, in which offenders select routes, times, and techniques. Likewise, it is observed that the perception of insecurity remains high even when incident reports decrease, and that fear of moving through certain spaces—characterized by poor lighting, blind facades, or deterioration—restricts mobility and the use of public space. In conclusion, the study confirms that insecurity in Bogotá results from the interaction of physical, social, and subjective dimensions, and emphasizes that the principles of Crime Prevention Through Environmental Design (CPTED) provide useful tools to reduce criminal opportunities and strengthen trust in public space.

Keywords: Urban Morphology; Perception of Insecurity; Fear of Moving; Theft From Persons.

RESUMEN

El artículo analiza cómo la morfología urbana influye en el hurto a personas en Bogotá, destacando la relación entre el espacio físico, la percepción ciudadana y el fenómeno del miedo al transitar por la ciudad. El estudio se basa en la tesis *"Contagiando el miedo: Inseguridad urbana como patología producida en la ciudad de Bogotá"* (2021) y continúa a través de una revisión documental de fuentes académicas, institucionales y de prensa. Los resultados mostraron que el hurto se concentra en puntos calientes persistentes, donde la baja visibilidad, la fragmentación de la continuidad peatonal y la presencia de población flotante facilitan oportunidades delictivas. También se evidencia que el hurto no es exclusivamente producto de la necesidad socioeconómica sino, en muchos casos, una actividad profesionalizada basada en la elección racional, en la que los ofensores seleccionaban rutas, horarios y técnicas. Asimismo, se observa que la percepción de inseguridad permanece alta incluso cuando los registros de incidentes disminuyen, y que el miedo a transitar por determinados espacios caracterizados por escasa iluminación, fachadas ciegas o deterioro, restringen la movilidad y el uso del espacio público. En conclusión, el estudio confirma que la inseguridad en Bogotá resulta de la interacción de dimensiones físicas, sociales y subjetivas, y resalta que los principios de Prevención del Delito mediante el Diseño Ambiental (CPTED) ofrecen herramientas útiles para reducir oportunidades delictivas y fortalecer la confianza en el espacio público.

Palabras clave: Morfología Urbana; Percepción de Inseguridad; Miedo al Transitar; Hurto a Personas.

© 2025; The Authors. This Open access article is distributed under the Creative Commons Attribution 4.0 license (https://creativecommons.org/licenses/by/4.0), which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original work is properly cited.

INTRODUCCIÓN

Bogotá también se cuenta desde sus esquinas. Una misma cuadra puede ser acogedora o intimidante según la hora, la luz y la facilidad de tránsito.[1] El hurto a personas no aparece de manera aleatoria: se arraiga en microescenarios donde la morfología urbana abre oportunidades. Pasajes estrechos con frentes ciegos, bordes de grandes avenidas que fragmentan el tejido, estaciones y portales donde la multitud distrae o andenes en obra que obligan a caminar pegados a vallas, son ejemplos de entornos que facilitan la acción delictiva. La forma de la ciudad, sus continuidades y rupturas, sus vacíos y bordes; condiciona tanto la práctica del delito como la vivencia cotidiana de inseguridad.[2]

El espacio urbano no es neutro. La legibilidad de las rutas, la visibilidad a distancia y la presencia ojos activos en la calle, modifican la ecuación del riesgo. Allí donde la vigilancia natural se reduce y las rutas de escape abundan, el delito encuentra terreno fértil.[3] Por el contrario, cuando el entorno es continuo, permeable y bien iluminado, el mismo trayecto adquiere otro significado: la sensación de cuidado aumenta y el miedo se atenúa.[4]

Sin embargo, limitar la explicación a la desigualdad o a la precariedad económica no basta. El hurto también se entiende como una elección: muchos actores evalúan lugares, horarios y técnicas, y adoptan esta práctica como un oficio recurrente. La profesionalización del delito refleja que no siempre la motivación es la necesidad inmediata, sino la lógica de un trabajo que se ejerce en función de la oportunidad que brinda el espacio. Por ello, reducir el debate a la ausencia policial o a la pobreza equivale a observar solo una parte del problema.

En esta perspectiva, la ciudad puede leerse como un conjunto de pequeños ecosistemas del hurto, en lugar de un mapa uniforme. Este artículo explora qué rasgos del entorno construido incentivan el delito y cuáles lo inhiben, al tiempo que discute cómo el hurto termina siendo una actividad no sólo por necesidad sino por elección. La propuesta es clara: combinar criterios de urbanismo preventivo y gestión del espacio público con estrategias de seguridad. Una ciudad diseñada de manera armónica no elimina el delito, devuelve al peatón la confianza de habitarla.

MÉTODO

El presente artículo se apoya en la investigación realizada en el año 2021, llamada *"Contagiando el miedo: Inseguridad urbana como patología producida en la ciudad de Bogotá"*.[5] A partir de este trabajo y apoyado de una revisión documental, se continúa reflexionando sobre la relación entre seguridad urbana, morfología de la ciudad y dinámicas sociales, y se han impulsado nuevas aproximaciones que buscan comprender cómo el entorno construido condiciona tanto la percepción ciudadana como la ocurrencia del delito. En esa misma línea, este escrito continúa indagando las ramas de la seguridad urbana, entendida como fenómeno no sólo social sino también espacial.

DESARROLLO

El hurto en Bogotá ha mostrado una paradoja: aunque en los últimos años las cifras globales han disminuido de manera moderada, la distribución espacial del delito se mantiene casi intacta. Los sectores más afectados siguen siendo los mismos y esto refuerza la idea de que la forma de la ciudad influye de manera directa en la ocurrencia de este tipo de conductas. La morfología urbana, con sus bordes, rupturas y conexiones, es un factor que organiza el riesgo de manera persistente.[1,2]

Uno de los elementos clave es la visibilidad. Cuando una calle carece de líneas de vista amplias, con muros extensos, recodos o vegetación que obstruye la mirada, la probabilidad de que un agresor actúe aumenta, pues siente que su acción pasará desapercibida. Estudios de criminología ambiental en contextos latinoamericanos han demostrado que la baja visibilidad está asociada con mayores tasas de delitos menores en espacios públicos.[3] En Bogotá se ha documentado que tramos de la Avenida Caracas y alrededores de estaciones de transporte presentan estas condiciones y concentran hurtos con frecuencia.[4] Estos hallazgos coinciden con análisis previos en los que se señalaba que los frentes ciegos y los vacíos urbanos propiciaban escenarios de inseguridad.[5]

Por su parte, la continuidad peatonal y la conectividad de las calles también son determinantes. En sectores con redes locales bien articuladas, los peatones tienen varias rutas posibles, lo que reduce la predictibilidad de sus trayectos. Sin embargo, cuando predominan las calles cerradas, se forman cuellos de botella que concentran el paso de personas y facilitan al delincuente identificar oportunidades y planear vías de escape rápidas. Investigaciones recientes muestran que la conectividad urbana, medida por la densidad de intersecciones, se asocia a la probabilidad de ocurrencia de delitos, incluso por encima de factores de ingreso o nivel socioeconómico.[6]

Otro factor relevante es la mezcla de usos y la presencia de frentes activos. Cuando los predios residenciales y comerciales se abren hacia la calle, se genera una vigilancia natural: los ojos de quienes habitan o trabajan en el sector se convierten en un mecanismo de control. Por el contrario, los muros altos o las fachadas ciegas eliminan esa relación visual con el espacio público y hacen que los peatones perciban mayor vulnerabilidad. En Bogotá se ha registrado que las calles rodeadas por cerramientos extensos o parqueaderos sin control visual generan desconfianza y miedo, incluso en ausencia de un delito reciente.[7]

Ahora bien, la densidad de población flotante es otro rasgo común en los lugares con altos niveles de hurto. Las zonas cercanas a estaciones de transporte masivo, portales, mercados o nodos comerciales concentran gran número de transeúntes en horarios pico. Este flujo sirve como "pantalla" para el delincuente, que aprovecha la distracción natural de la multitud. En ciudades latinoamericanas se ha observado que las rutas de conexión entre transporte público y comercio concentran hurtos especialmente en la tarde y la noche.[8] En Bogotá, los datos de la Secretaría Distrital de Seguridad confirman que esos entornos coinciden con las horas de mayor número de denuncias por hurto.[2]

Así, la posibilidad de contar con un camino de escape rápido resulta decisiva. Cuando el diseño urbano ofrece accesos secundarios, calles transversales poco vigiladas o conexiones inmediatas con otras tramas barriales, el agresor percibe que el riesgo

de ser capturado disminuye. Ese cálculo del momento justo explica porqué ciertos corredores siguen concentrando delitos a pesar de los controles policiales. Investigaciones previas ya habían advertido que sectores con rutas de huida inmediatas, como por ejemplo en Chapinero y Suba, eran escenarios críticos para el hurto.[5] La evidencia actual muestra que esa misma lógica se repite en otros sectores de la ciudad.

Cabe aclarar que, la explicación del hurto en Bogotá no puede reducirse a la precariedad económica. Aunque la desigualdad y la pobreza constituyen factores de riesgo, múltiples investigaciones han demostrado que no existe una relación lineal entre bajos ingresos y delincuencia. De hecho, en zonas con condiciones sociales similares se observan comportamientos delictivos muy distintos, lo que indica que intervienen otras variables, entre ellas la decisión individual de delinquir.[9]

En Bogotá, diversos estudios han evidenciado que algunas personas que cometen hurtos reiteradamente lo hacen como parte de una lógica de 'oficio', donde el delito se concibe como un medio de vida estable y predecible. Este patrón de profesionalización implica la selección consciente de lugares, horarios y técnicas que minimicen el riesgo y maximicen la ganancia.[10] Desde esta perspectiva, el delincuente actúa como un actor racional que calcula las oportunidades que ofrece el entorno físico y social, más allá de la necesidad inmediata.

La teoría de la elección racional ha sido utilizada para explicar este fenómeno, señalando que el crimen se produce cuando las oportunidades superan los riesgos percibidos y los beneficios se consideran superiores a los costos potenciales.[11] En la práctica, esto significa que espacios con escasa vigilancia natural, alta densidad de población flotante y múltiples rutas de escape son evaluados positivamente por quienes planean un hurto. Ante lo anterior, hay investigaciones en Colombia que confirman que los delincuentes valoran la facilidad de escapar más que la cantidad de dinero que puedan obtener en un solo evento.[12]

Por otro lado, la existencia de redes organizadas también refuerza la idea del hurto como profesión. En varios sectores de Bogotá se han identificado estructuras pequeñas pero coordinadas que se reparten funciones específicas: observadores, distractores y ejecutores. Esta división del trabajo muestra que el delito puede planearse con un grado de sofisticación que contradice la idea de un acto impulsivo o motivado únicamente por carencia económica.[13] La profesionalización también se refleja en el aprendizaje acumulado: los delincuentes adaptan sus técnicas al contexto urbano, como ocurre con el uso de motocicletas en avenidas principales o la selección de corredores congestionados para facilitar la huida.

Además, la reincidencia en hurtos a personas es un indicador clave. Informes de la Policía Nacional han señalado que un número reducido de individuos es responsable de una proporción significativa de los delitos reportados en la capital.[14] Esta concentración delictiva coincide con lo que han mostrado investigaciones internacionales sobre "delincuentes prolíficos", quienes consideran el hurto como una ocupación y lo repiten de manera sistemática.[15]

Por lo tanto, aunque la desigualdad social sigue siendo un marco relevante, en Bogotá resulta evidente que el hurto no es únicamente el resultado de la necesidad. Es también un producto de elecciones individuales y de la manera como el entorno urbano facilita o dificulta esas elecciones. En este sentido, la ciudad actúa como un escenario donde convergen motivaciones personales y oportunidades espaciales, creando microterritorios donde el hurto se convierte en una práctica recurrente y, en muchos casos, profesionalizada.

Simultáneamente, el análisis de la inseguridad en Bogotá también debe abordarse desde la perspectiva del diseño urbano preventivo. La estrategia conocida como Crime Prevention Through Environmental Design (CPTED), o prevención del delito mediante el diseño ambiental, parte de la premisa de que el espacio construido influye directamente en la probabilidad de que ocurran conductas delictivas. Este enfoque propone que la organización del entorno físico, la iluminación, la visibilidad, la delimitación de áreas y la presencia de actividad legítima en el espacio público son factores que pueden reducir las oportunidades para el crimen.[16] En distintas ciudades se ha demostrado que intervenciones que fortalecen la visibilidad natural, fomentan el uso activo del espacio y limitan áreas de anonimato contribuyendo a disminuir hurtos y a mejorar la percepción de seguridad.[17]

En el caso de Bogotá, aplicar la lógica de CPTED permite entender porqué sectores con similares condiciones socioeconómicas presentan niveles de inseguridad distintos. Allí donde las calles ofrecen continuidad visual, los andenes están bien iluminados y existen frentes activos, la percepción de riesgo disminuye y los delitos son menos frecuentes. Por el contrario, cuando el entorno urbano muestra fragmentación, vacíos intersticiales y barreras físicas, el ciudadano percibe un mayor nivel de amenaza y los delincuentes encuentran incentivos para actuar.[18]

Entonces, la percepción ciudadana constituye un eje clave de la discusión. En las encuestas recientes de seguridad, una proporción alta de habitantes declara sentirse insegura al transitar por la ciudad, incluso en sectores donde los índices de hurto han descendido.[19] Esto revela una disociación entre el riesgo objetivo y la vivencia subjetiva. La explicación radica en que el ciudadano no experimenta la ciudad únicamente a partir de cifras, sino desde los atributos físicos inmediatos del entorno: el alumbrado, el estado de las aceras, la presencia de otros peatones, el cúmulo de basuras, los muros deteriorados y la sensación de ser observado. Estudios comparativos en América Latina muestran que la percepción de inseguridad puede mantenerse estable o incluso aumentar a pesar de una disminución en los delitos registrados, lo que indica que el miedo tiene un componente profundamente ligado al diseño urbano y a la memoria colectiva del espacio.[20]

Este vínculo lleva a una categoría fundamental: el miedo a transitar. Se trata de la sensación que experimentan los habitantes al desplazarse por calles o sectores considerados inseguros, y que condiciona su forma de habitar la ciudad. El miedo a transitar no se limita a la posibilidad de sufrir un delito; también refleja la incertidumbre que produce caminar por un corredor poco iluminado, con muros ciegos o con acumulación de basuras. Este tipo de escenarios, descritos ya en estudios previos sobre Bogotá, limitan el uso del espacio público y generan rutinas de autocontrol que restringen la movilidad, especialmente en horarios nocturnos.[5,21] En este sentido, la inseguridad urbana no solo se mide en la ocurrencia de hurtos, sino también en la renuncia de los ciudadanos a ocupar determinados espacios, lo cual deteriora la vitalidad urbana y profundiza la fragmentación social.

RESULTADOS

La revisión documental realizada permite identificar cuatro grandes hallazgos sobre la relación entre entorno urbano, hurto y percepción ciudadana en Bogotá. Estos resultados no solo confirman patrones identificados previamente en investigaciones locales, sino que también se nutren de estudios comparativos en América Latina y teorías consolidadas en criminología ambiental.

El primer hallazgo es la persistencia de puntos calientes de hurto en la ciudad. A pesar de las variaciones en las cifras globales, las mismas áreas mantienen una concentración desproporcionada de casos. Esto confirma que el hurto no se distribuye de forma aleatoria, sino que responde a condiciones espaciales específicas que permanecen estables en el tiempo. Estudios previos en Bogotá ya habían mostrado que menos del 10 % de las manzanas podían concentrar hasta el 40 % de los hurtos registrados.[5] La evidencia actual corrobora que, aunque el número total de denuncias fluctúe, los sectores con calles estrechas, intersecciones poco vigiladas y alta densidad de población flotante continúan siendo epicentros del delito.[2,14]

El segundo resultado se relaciona con la profesionalización del hurto. El análisis documental evidencia que una parte significativa de los delincuentes no actúa de manera improvisada ni únicamente por necesidad económica. La literatura reciente señala que el hurto en grandes ciudades latinoamericanas se ha consolidado como un "oficio" con técnicas y roles especializados.[10,13] En Bogotá, los informes oficiales han identificado redes pequeñas pero organizadas que repiten patrones de operación, lo que coincide con lo documentado en otros contextos urbanos donde la delincuencia prolífica se concentra en pocos individuos que reinciden de manera sistemática.[14,15] Este resultado desafía las narrativas que explican la criminalidad exclusivamente como producto de la pobreza estructural y obliga a considerar la dimensión de la elección individual dentro del análisis.

El tercer hallazgo es la importancia del entorno físico sobre la percepción de inseguridad. Los datos revisados muestran que la ciudadanía percibe como inseguros los lugares con determinadas características físicas, incluso cuando los registros de delitos no son particularmente altos en esos sectores. Las encuestas de percepción han encontrado que en Bogotá más del 70 % de los habitantes manifiestan sentirse inseguros al caminar por la ciudad, un porcentaje que supera en varios puntos a los niveles de victimización real.[19] Esta discrepancia se explica por lo que en criminología ambiental se denomina "riesgo percibido": la sensación que produce el entorno en términos de visibilidad, iluminación y vitalidad urbana.[20] En otras palabras, el ciudadano no necesita haber sido víctima para experimentar miedo; basta con caminar por un corredor oscuro, con muros ciegos y basura acumulada, para que la percepción de vulnerabilidad aumente.

Un cuarto resultado clave es la consolidación del miedo a transitar como categoría analítica. La revisión de literatura muestra que este concepto aparece recurrentemente en estudios urbanos de América Latina, aunque con diferentes denominaciones como "temor difuso" o "inseguridad subjetiva".[21] En el caso de Bogotá, el miedo a transitar se manifiesta en decisiones cotidianas de evitar determinadas rutas, modificar horarios de desplazamiento o incluso reducir la frecuencia de salidas en la noche. Este comportamiento limita el uso del espacio público y debilita los lazos sociales, ya que los ciudadanos priorizan la autoprotección sobre la interacción urbana. El miedo, entonces, se convierte en un factor que reconfigura la ciudad, pues ciertos espacios quedan subutilizados y terminan retroalimentando la sensación de abandono y riesgo.[22]

Estos resultados permiten afirmar que la inseguridad en Bogotá debe entenderse como un fenómeno espacial, social y subjetivo al mismo tiempo. No basta con mirar cifras de denuncias ni con estudiar las condiciones socioeconómicas de los barrios. Es necesario reconocer que la morfología urbana incide directamente en la oportunidad del delito y en la manera como los ciudadanos sienten y habitan la ciudad.

En términos comparativos, Bogotá comparte rasgos con otras grandes ciudades latinoamericanas donde el hurto es el delito más frecuente. En Ciudad de México, por ejemplo, se ha identificado que los entornos con mayor fragmentación urbana y con alta densidad flotante concentran la mayoría de hurtos reportados en transporte público.[23] En Lima, estudios recientes han mostrado que la percepción de inseguridad supera ampliamente los niveles de victimización real, debido a la precariedad de la infraestructura urbana en sectores periféricos.[24] Estas similitudes regionales refuerzan la hipótesis de que, más allá de las condiciones particulares de cada ciudad, existe un patrón común donde el diseño urbano y la percepción subjetiva del riesgo interactúan para producir entornos propicios para el hurto.

La evidencia también permite concluir que el hurto en Bogotá es un fenómeno persistente en el tiempo. A pesar de las estrategias de control policial y de la reducción en algunas cifras globales, los puntos críticos permanecen. Este resultado coincide con estudios de criminología situacional que señalan que la oportunidad delictiva tiende a concentrarse en lugares específicos y que, si no se intervienen los factores ambientales que la permiten, los delitos reaparecen una y otra vez en los mismos puntos.[11,16]

Posteriormente, los resultados confirman que el diseño urbano preventivo es una vía útil para comprender y abordar el problema. Así, la revisión de literatura muestra que ciudades que han aplicado principios de CPTED han logrado reducir delitos menores y mejorar la percepción ciudadana.[17,18] Si bien la inseguridad en Bogotá tiene múltiples dimensiones, los hallazgos de esta investigación señalan que el espacio físico no puede seguir siendo visto como un telón de fondo neutro: es un actor activo que condiciona la seguridad y el miedo en la vida urbana.

DISCUSIÓN

Los resultados obtenidos confirman que la inseguridad en Bogotá debe ser entendida como un fenómeno complejo en el que convergen dimensiones espaciales, sociales y subjetivas. La evidencia señala que, a pesar de los descensos parciales en las cifras globales de hurto, los puntos críticos persisten en el tiempo y reproducen las mismas lógicas territoriales. Esto respalda la tesis de que la morfología urbana es un factor estructural y no un elemento secundario en la configuración de escenarios de delito.[1,5]

Un primer aspecto para discutir es la relación entre profesionalización del hurto y morfología urbana. Esta investigación mostró que el hurto no siempre obedece a necesidades inmediatas, sino que, en muchos casos, responde a decisiones racionales y a la

consolidación de esta práctica como un oficio. Esta profesionalización encuentra en el espacio físico condiciones que amplifican las oportunidades: calles con escasa vigilancia, rutas de escape rápidas y entornos con alta densidad flotante. De este modo, el entorno urbano actúa como catalizador de una práctica que combina motivaciones individuales y factores estructurales. En otras palabras, el espacio no solo facilita, sino que también legitima el cálculo estratégico del delincuente.[10,13,15]

El segundo punto se relaciona con la percepción ciudadana. La diferencia entre el riesgo objetivo y el riesgo percibido evidencia que la inseguridad no se reduce a un problema de cifras. En Bogotá, como en otras ciudades de la región, la sensación de miedo se mantiene alta incluso cuando las denuncias por hurto disminuyen.[19,20] Esta discrepancia refuerza la hipótesis de que el ciudadano interpreta la seguridad a partir de los atributos inmediatos del espacio. Un andén iluminado, una calle con comercio activo o un parque limpio transmiten confianza, mientras que un corredor oscuro y con muros ciegos genera temor, aunque en ese lugar no se haya registrado un delito reciente. Esta dimensión subjetiva es clave, pues condiciona las rutinas cotidianas y el uso del espacio público.

En este marco surge la categoría de miedo a transitar, que se revela como un componente central de la experiencia urbana. El hecho de que los ciudadanos eviten rutas específicas, modifiquen horarios o reduzcan su movilidad en ciertos sectores demuestra que la inseguridad no solo se manifiesta en los delitos ocurridos, sino también en la renuncia a habitar plenamente la ciudad. Este hallazgo conecta con lo señalado por autores que han descrito el temor difuso en contextos urbanos latinoamericanos como un factor que deteriora la vitalidad urbana y refuerza la fragmentación social.[21,22] En Bogotá, el miedo a transitar convierte determinadas áreas en espacios subutilizados, lo cual, paradójicamente, puede aumentar las oportunidades del delito al reducir la presencia ciudadana.

Un tercer eje de discusión corresponde al papel del diseño urbano preventivo (CPTED). La literatura revisada muestra que intervenciones que mejoran la visibilidad natural, fomentan el uso activo del espacio y reducen áreas de anonimato pueden disminuir la oportunidad del delito y fortalecer la confianza ciudadana.[16,17,18] Sin embargo, en el caso de Bogotá, la incorporación de estos principios ha sido parcial y fragmentada. Los hallazgos de esta investigación sugieren que, si bien la seguridad no depende únicamente del diseño urbano, este constituye un recurso fundamental para modular el riesgo. El entorno físico puede incrementar o reducir los costos percibidos por el delincuente, lo que incide directamente en su decisión de actuar.

Así, los resultados plantean un desafío metodológico y conceptual: es insuficiente analizar la inseguridad solo desde las estadísticas criminales. La combinación de cifras oficiales, percepción ciudadana y análisis del espacio físico resulta indispensable para comprender el fenómeno en su totalidad. Esta mirada integral aporta herramientas más sólidas para interpretar la inseguridad urbana como una patología compleja que afecta no solo la convivencia, sino también el derecho fundamental de habitar la ciudad sin miedo.

CONCLUSIONES

Este estudio permite confirmar que el hurto en Bogotá no puede comprenderse únicamente como un efecto de la desigualdad social o de la ausencia de control policial. La evidencia muestra que la morfología urbana desempeña un papel central en la configuración de escenarios delictivos; ya que, ciertos atributos físicos del espacio como la visibilidad limitada, presencia de muros ciegos, vacíos intersticiales, calles sin salida o alta densidad de población flotante, generan condiciones que favorecen el delito. Estos elementos permiten concluir que el espacio no es neutro, sino un actor activo en la dinámica de inseguridad urbana.[1,2,5]

Asimismo, los hallazgos destacan que el hurto no siempre es producto de la necesidad inmediata, sino que en muchos casos responde a decisiones conscientes y a la profesionalización del delito. El hecho de que individuos y redes pequeñas planifiquen sus acciones, seleccionen lugares y horarios, y adapten técnicas al contexto urbano refuerza la idea de que el hurto funciona como una forma de ocupación recurrente. Este aspecto obliga a superar las explicaciones simplistas que asocian el delito únicamente con la pobreza, y a considerar que la elección individual interactúa con las oportunidades que ofrece el entorno físico.[10,13,15]

La percepción ciudadana constituye otro eje fundamental. Aun cuando las cifras de hurto fluctúan y en algunos periodos muestran descensos, la percepción de inseguridad permanece alta en Bogotá. Este desfase evidencia que el miedo no se explica solamente por los registros de victimización, sino por la experiencia cotidiana de transitar la ciudad. Corredores oscuros, andenes deteriorados o espacios públicos con poca vitalidad alimentan un temor difuso que condiciona la movilidad y limita el uso del espacio público.[19,20,21] En este contexto, se propone y presenta la categoría de miedo a transitar que sintetiza cómo la inseguridad se expresa no solo en los delitos ocurridos, sino también en las renuncias cotidianas de los ciudadanos a desplazarse libremente.

Para terminar, se puede afirmar que, los principios de Crime Prevention Through Environmental Design (CPTED) se ratifican como un marco analítico y operativo útil para comprender y abordar el hurto en entornos urbanos. Aunque la inseguridad en Bogotá tiene múltiples dimensiones, los resultados de esta revisión muestran que el diseño del espacio puede reducir o amplificar las oportunidades del delito, incidir en la percepción de riesgo y contribuir a restituir la confianza en el espacio público.

En síntesis, el hurto en Bogotá debe entenderse como una interacción entre tres dimensiones: la estructura física de la ciudad, las decisiones individuales de quienes delinquen y la percepción subjetiva de los ciudadanos. Abordar el problema requiere una mirada integral que reconozca la complejidad de estas interacciones y que, más allá de las cifras policiales, incorpore el análisis del espacio urbano y la vivencia cotidiana de inseguridad como elementos centrales de la discusión académica y de la gestión urbana.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Alcaldía Mayor de Bogotá. En el primer semestre de 2025 el hurto común en Bogotá se redujo un 16,5 %. Bogotá: Alcaldía Mayor; 2025. Disponible en: https://bogota.gov.co/mi-ciudad/seguridad/en-primer-semestre-de-2025-el-hurto-comun-en-bogota-se-redujo-un-165

2. Policía Nacional de Colombia. Estadística delictiva – Hurto a personas. Bogotá: Policía Nacional; Disponible en: https://www.policia.gov.co/estadistica-delictiva/hurto-personas-0

3. Céspedes EN. Criminología ambiental y homicidio en la ciudad de Bogotá. Rev Crim. 2018;60(2):45-67. Disponible en: https://www.redalyc.org/journal/815/81554612005/html/

4. Secretaría Distrital de Seguridad, Convivencia y Justicia. Estadísticas y mapas. Bogotá: SDSCJ; Disponible en: https://scj.gov.co/cifras/estadisticas-mapas

5. Castro M. Contagiando el miedo: Inseguridad urbana como patología producida en la ciudad de Bogotá [Tesis de Maestría en Urbanismo]. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; 2021.

6. García López PJ. La metodología CPTED para reducir el delito. Rev Investig La Salle. 2018;10(2):33-49. Disponible en: https://revistasinvestigacion.lasalle.mx/index.php/mclidi/article/download/1651/2038/11714

7. Rau Vargas M. Prevención de la violencia y el delito mediante el diseño ambiental en Latinoamérica. Rev INVI. 2008;23(62):21-52. Disponible en: https://revistainvi.uchile.cl/index.php/INVI/article/view/62293/66340

8. Monguí PEG. Criminalidad, seguridad y percepción de inseguridad en Bogotá. Via Inveniendi Et Iudicandi. 2023;20(1):157-81. Disponible en: https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/viei/article/download/9197/8177/24727

9. Cornish DB, Clarke RV. The Reasoning Criminal: Rational Choice Perspectives on Offending. New York: Springer-Verlag; 1986.

10. Vargas MR. CPTED de tercera generación: Nube de los sueños y metodologías participativas. Constructos Criminológicos. 2021;1(1):9-22. Disponible en: https://constructoscriminologicos.uanl.mx/index.php/cc/article/view/4

11. Clarke RV. Situational Crime Prevention: Successful Case Studies. 2nd ed. Albany: Harrow and Heston; 1997.

12. Policía Nacional de Colombia. Informe sobre reincidencia delictiva en Bogotá. Bogotá: Policía Nacional; 2024.

13. Farrington DP, Welsh BC. Criminological theories of repeat offending. Crim Behav Ment Health. 2020;30(4):179-95.

14. ProBogotá. Informe Anual de Seguridad en Bogotá 2023. Bogotá: ProBogotá; 2024. Disponible en: https://www.probogota.org/wp-content/uploads/2024/05/Informe-Anual-de-Seguridad-2023.pdf

15. Cámara de Comercio de Bogotá. Encuesta de Percepción y Victimización de Bogotá 2024. Bogotá: CCB; 2025. Disponible en: https://www.ccb.org.co/observatorio

16. Jeffery CR. Crime Prevention Through Environmental Design. 2nd ed. Beverly Hills: Sage; 1977.

17. Cozens PM, Love T. A review and current status of Crime Prevention Through Environmental Design (CPTED). J Plan Lit. 2015;30(4):393-412.

18. Armitage R, Monchuk L. What is CPTED? Reconnecting theory with application in the words of users and abusers. Policing. 2019;13(3):312-30.

19. DANE. Encuesta de Convivencia y Seguridad Ciudadana (ECSC). Bogotá: DANE; Disponible en: https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/seguridad-y-defensa/encuesta-de-convivencia-y-seguridad-ciudadana-ecsc

20. Dammert L, Malone MF. Fear of crime in Latin America: The role of social and institutional factors. Rev Panam Salud Publica. 2020;44:e80.

21. Carrión F, Núñez J. El miedo y la ciudad: prácticas de inseguridad en América Latina. Quito: FLACSO; 2019.

22. Núñez F, Calderón J. Temor difuso y percepción de inseguridad en el espacio público urbano. EURE. 2022;48(143):117-36.

23. Vilalta C. Spatial concentration of crime in Mexico City. Appl Geogr. 2019;104:10-20.

24. León J, Muggah R. Urban security in Lima: Insecurity and the public realm. Stability Int J Secur Dev. 2021;10(1):1-15.

FINANCIACIÓN
Ninguna.

CONFLICTO DE INTERESES
Ninguno.

CONTRIBUCIÓN DE AUTORÍA
Conceptualización: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.
Curación de datos: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.
Análisis formal: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.
Investigación: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.
Metodología: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.
Administración del proyecto: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.
Recursos: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.
Software: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.
Supervisión: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.
Validación: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.
Visualización: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.
Redacción – borrador original: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.
Redacción – revisión y edición: Camila Paz Jorquera Gallardo, Simón Ignacio Pereira Bruna, Pedro Di Vicenzi Sánchez.